

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Brígida Ros Gómez, 82 años.

Lorena María Padilla Sánchez, 21 años.

MIL PALABRAS PARA BRÍGIDA

Desde lejos Brígida tiene una apariencia frágil, delicada, como de cristal. Primero un pie, luego otro, despacio... muy despacio... Camina al ritmo que le marcan sus piernas delgadas que trabajan cansadamente gracias a un andador. Pero, sorprendentemente, cuando Brígida llega a la mesa donde hablaremos largo y tendido, detiene sus pasos, levanta la cabeza y comparte conmigo una mirada fuerte que transmite seguridad. Si es cierto aquello de que los ojos son el espejo del alma, entonces Brígida ha debido ser una mujer valiente. Detrás de unas gafas de pasta se asoman unos ojos testigos de 82 años de vida; testigos de más de ochenta años de historia.

Los primeros rayos del sol despiertan a una mujer hermosa con el pelo ondulado. Es esbelta y su piel rosada cubre una figura de ninfa. Sus brazos, sin embargo, terminan en unas manos castigadas por el duro trabajo en el campo. La historia de Brígida empezó a escribirse en la España de 1925, cuando el hambre y la miseria se paseaban a sus anchas entre los hogares humildes. El primer recuerdo que conserva de su infancia es la tierra que, por una parte la alimentaba, pero que por otra, era sinónimo del esfuerzo diario desde que salía el sol hasta que se ponía.

En 1936, España se convirtió en el escenario de una cruenta Guerra Civil. Pero esta contienda fue también, desde la perspectiva de gente trabajadora, una pesadilla sin precedentes. En el momento en el que la Guerra aparece en la conversación, Brígida cierra los ojos y tras suspirar profundamente, confiesa: “Aquello fue terrible...” En la mente de Brígida todavía resuena con fuerza el sonido de las bombas al estallar contra el suelo. Irremediablemente, su mirada profunda se empaña de lágrimas y la incomprensión le invade el alma cuando ella misma se pregunta: “Y tanto dolor, ¿por qué?, ¿para qué?” Recuerda con una mezcla de pánico y fascinación el momento en el que la enorme sombra de un pájaro mecánico rasgó el cielo con un trino de acero desgarrador.

Los aviones de combate que se utilizaron durante la Guerra marcaron a Brígida de por vida; no tanto por su uso militar, como por su extraordinaria capacidad de volar. Aquellos trozos monstruosos de hierro organizados en delta, a Brígida se le antojaban pájaros que volaban despistados entre las nubes negras del cielo bélico y los gritos de civiles asustados. Volar. Extender los brazos, recoger los pies y alzar el vuelo en libertad. Observar la perspectiva que ofrece el mundo desde arriba; contemplar otra panorámica que no sea el suelo que mantiene al humano anclado a la tierra. Brígida nunca ha subido en un avión. Nunca. Se consuela con ver desaparecer a los pájaros con sus alas extendidas en el inmenso azul. Cuenta entusiasmada que una de sus diversiones cuando era niña, consistía en atrapar a los ruiseñores “que cantaban y volaban entre las flores.”

Llama poderosamente la atención que el deseo de Brígida no se limite a ocupar una butaca en el aire. No una butaca cualquiera; pues revela que pilotar un avión sería absolutamente maravilloso. Tener el control, llevar las riendas de la máquina, así como de la vida. A decir verdad, los medios de transporte la tienen fascinada; la comunicación en general le ha robado el corazón.

No le resulta sencillo enlazar las palabras con un lápiz y narra los cuentos mejor que los lee, aunque conoce y admira el valor de una buena conversación. “Yo no puedo volver a nacer, pero si pudiera, estudiaría mucho.” Brígida lo tiene clarísimo. Si la vida le brindara una segunda oportunidad, invertiría su tiempo en aprender, en empaparse de nuevos conocimientos; de aquellos que ya le fueron negados una vez por ser una mujer sin posibilidad de estrenar zapatos una vez al año. Brígida se muestra impotente ante el inevitable paso del tiempo. Mientras habla de sus “sueños imposibles”, como ella misma ha bautizado, tanto su voz quebrada como la pesadumbre que la invade, permiten entrever que es capaz de percibir cómo se le han escapado sus años de juventud, cómo la vida pasa entre sus dedos mientras ella observa sus manos incapaces de detener el reloj. De hecho, opina que no se mira hacia atrás ni para tomar impulso.

Ahora, desde la cordura que sólo otorga la madurez plena, es posible percibir que el tiempo no es tan

Recordar, compartir, aprender

abstracto. Se aloja en el alma, pero se manifiesta en el cuerpo a través de los pliegues de la piel. Ahora, desde la locura que sólo otorga la añoranza del pasado, es posible admitir que el mortal siempre pierde la batalla.

Pero, pese a la crueldad de la realidad, pese a la dureza de su verdad, Brígida es una mujer con entereza y con esa mágica capacidad de sonreírle a la vida. Se define como una romántica y ríe cuando recuerda la época en la que bailaba en la pista de moda.

La Historia de Brígida está escrita con la mejor caligrafía en la piel y en la memoria de esta mujer que sueña con volar y con la utopía de manejar las manecillas de un reloj que ha corrido demasiado deprisa. Hay veces que el relato se encuentra escondido entre la niebla de la frustración. Incluso, es difícil que en algunos pasajes las palabras no salgan de la mano de sollozos y resulta complicado que se despeguen de sus labios desgastados por el rezo acelerado y suplicante en los tiempos revueltos.

En cualquier caso, Brígida es una luchadora que admira la felicidad como si en un mundo de girasoles ese fuera el único sol. Cuando recuerda la pobreza que le tocó vivir y que le cerró las puertas a una educación escolar con perspectivas de futuro, Brígida reconoce que hubo una vez en la que sólo poseía su juventud. Es consciente de que nunca volverá a ser joven, de que no es posible nacer otra vez, pero también dice con convencimiento que, pese a todo, ahora tiene algo mejor: la libertad.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Brígida considera que lo primordial en la vida es la vida misma. Vivirla y no pasar por ella de puntillas y entre bambalinas. Cree que vivimos tan deprisa que a veces no somos capaces de saborear su jugo. “Es muy importante no perder el tiempo y estudiar. Estudiar mucho.” Marcada por una época que amordazaba a los medios, Brígida opina que “comunicarse está muy bien. Ahora una se entera de las cosas, pero antes no.” Está convencida de que la vida es como una “gran tarta de chocolate”, pero que tras su aspecto jugoso y delicioso, también esconde alguna que otra almendra podrida. Y por su propia experiencia, Brígida confiesa que hay porciones de esa tarta que preferiría no haber probado. Pero su afán de superación la obliga a virar su discurso y tras un silencio, sentencia: “lo máspreciado en la vida es la honradez y las ganas de hacer cosas. Así se llegará lejos, porque lo único que tenemos ahora es la libertad, que no es poco.”